

Un viernes en la defensa...

Martín ajustó sus auriculares, la cumbia sonaba a todo volumen mientras el ómnibus iba por la ruta. Las ventanillas empañadas delataban el frío de la mañana. Era viernes, y la perspectiva de las últimas dos horas de clase antes del fin de semana le hacía el viaje un poco más llevadero. Repasó mentalmente su lista de tareas: "Matemática", "ir a lo de la abuela", "jugar a la pelota en la placita". La mochila, llena de libros y cuadernos, se le resbaló. . Al intentar acomodarla, su mano rozó el borde metálico del asiento de adelante. Un pinchazo rápido, casi imperceptible.

En la **piel** de Martín, un universo entero acababa de ser alterado. El pequeño corte, de apenas unos milímetros, abrió una brecha en la primera línea de defensa . Unos pocos **Estafilococos**, oportunistas habitantes de su piel, vieron su momento. ¡Una entrada!



En ese instante, las alarmas comenzaron a sonar. En la **zona de la herida**, unas células llamadas **Mastocitos** detectaron el daño. Liberaron una cascada de señales de emergencia, como bengalas en la oscuridad. Inmediatamente, los **vasos sanguíneos** cercanos se dilataron, un efecto llamado **vasodilatación**, y se volvieron más permeables. Esto no solo traería más "soldados" al lugar, sino que también haría que la zona se enrojeciera y se hinchara un poco: la **inflamación** estaba en marcha. Martín, ajeno a todo, solo notó una pequeña molestia sin importancia. La primera oleada de refuerzos no se hizo esperar. Como una brigada de bomberos que acude a un incendio, los **Neutrófilos** comenzaron a salir de los vasos sanguíneos y se dirigieron directamente al lugar de la invasión. Eran la infantería, la primera respuesta. Estos pequeños y voraces guerreros comenzaron a "**comer**" (**fagocitosis**) a los Estafilococos, una tarea de limpieza brutal y efectiva. Cada Neutrófilo luchaba hasta su último aliento, muriendo en el proceso y formando parte de lo que pronto sería una costra.(pus)

Mientras tanto, algunas de las células "Cometodo" –los **Macrófagos**, guardianes incansables de los tejidos– también se movilizaron. A diferencia de los Neutrófilos, los Macrófagos eran más duraderos y además de devorar bacterias, eran "espías" y "mensajeros". Uno de ellos, después de engullir un Estafilococo, tomó un fragmento del invasor y se dirigió a las **ganglios linfáticos** más cercanos, las "bases militares" , , ubicadas estratégicamente en el cuello de Martín.

En la base, el Macrófago presentó el fragmento del Estafilococo al General **Linfocito T** y a la Capitana **Linfocito B**. La información era crucial. El General Linfocito T, un estratega veterano, comenzó a activar a sus **Linfocitos T Auxiliares**, los mensajeros que irían a preparar a la Capitana Linfocito B.

La Capitana Linfocito B, una verdadera "fábrica de municiones", recibió la orden. Basándose en la información del Macrófago, comenzó a producir miles de **anticuerpos** específicos para esos Estafilococos. Estos anticuerpos, como misiles teledirigidos, serían lanzados a la circulación, buscando a los invasores, adhiriéndose a ellos y marcándolos para que los Macrófagos los reconocieran y eliminaran más fácilmente. Algunos anticuerpos incluso se pegarían a los Estafilococos para neutralizar sus toxinas.

Cuando Martín se bajó del ómnibus frente al liceo, el pequeño rasguño en su mano ya no le molestaba. Se había formado una diminuta costra, una señal visible de la batalla silenciosa que había terminado victoriosa en su interior. El ejército había actuado con precisión y eficiencia.

Una vez que la batalla estaba ganada y los invasores eliminados, un pequeño grupo de **Linfocitos T y Linfocitos B** no regresaron a sus puestos habituales. Se transformaron en los silenciosos pero cruciales "Linfocitos de Memoria". Eran como veteranos de guerra que, en lugar de retirarse, se quedaban en puntos estratégicos, listos para una respuesta ultrarrápida si esos mismos Estafilococos, o cualquier otro enemigo que hubieran conocido, intentara invadir Vitruvio de nuevo. Su existencia garantizaba que la próxima defensa sería más veloz y contundente.

Mientras caminaba por el pasillo del liceo, bromeando con sus amigos sobre la prueba de Matemática, Martín no tenía idea de que, gracias a sus incansables defensores Inmunes, ya estaba listo para el próximo desafío, ya fuera una ecuación complicada o un nuevo invasor microscópico.



La vida cotidiana continuaba, protegida por un sistema asombroso que trabajaba sin cesar.